



Cuentan los viejos que en Cuba un aborigen podía ir de un extremo a otro de la isla bajo los árboles sin ver el sol. Y cuando llegan las lluvias, cerca del muelle, recuerdan historias de sirenos, de aquellos hombres-pezu de los que hablaban algunos de los marineros que acompañaban a Cristóbal Colón en su viaje.

Euliser Polanco nació de pez. Su madre recuerda que llegó con una mirada extraviada, melancólica, como si ya supiera de su condición de expatriado y de su desgarramiento siempre en tránsito.

La partera no le encontraba dentro de aquellas entrañas que gestaron dos alas, dos grandes aletas llenas de escamas. Una de ellas portará, toda su vida como tridente, un pincel para calmar o agitar las olas del mar, según convenga, y de sus branquias nacerán los colores que motearán los conchales de las profundidades marinas.

Euliser Polanco echa siempre de menos el mar porque le recuerda al vientre de su madre y podría permanecer debajo del agua, como el descendiente de Poseidón y Anfitrite, porque su madre es una náyade.

Sireno captura nuestras almas y, como buen hijo de náyade, las ninfas de sus lienzos encarnan la divinidad del agua y no necesitan las guirnaldas de los oceánidas para manar belleza, porque hermanan con las hijas de Nereo, aquellas a las que los griegos adoraban y ofrecían leche, aceite y miel.

Sireno arrebatada, atrae y fascina. Tiene el encantamiento del seductor seducido que taladra los sentidos y ha llorado lágrimas negras. Sireno nace del grito del que ha venido al mundo a resistir entre la realidad y el deseo, del que no quiere romper su cordón umbilical con el retorno. Por eso sus peces no entran en bocas de lobo sino en aquellas que se abren como el vientre materno y amamantan al pequeño tritón que se abriga en madejas de cabellos tejidos con algas.

Desnudo, yacente, naufrago, como en otros tantos de sus autorretratos, el autor ha nacido a la vida.